

tor, la dulzura de la paz, la sociedad con el prójimo, la gracia y familiaridad con Dios, el reino y la herencia del cielo. Yo era pacífico, decía David, con los que aborrecían la paz. (1)

La mansedumbre también conserva la amistad con el prójimo: ¿qué importa que se nos llene de injurias si somos mansos y humildes de corazón? Tenemos un arma con que vencemos á nuestros contrarios, tal es la mansedumbre: La respuesta suave quebranta la ira... La lengua pacífica es árbol de vida. (2)

Dios escucha de buena gana la voz de la amable mansedumbre; que siempre le fué acepta la oración de los humildes y los mansos; (3) y si queréis la prueba recordad que Moisés era el hombre más manso de cuantos moraban sobre la tierra, y á él le hablaba el Señor boca á boca, y veía claramente al Señor, y no por enigmas ó figuras. (4)

En cuanto á la herencia de los cielos, el Señor nos dijo: Dichosos los mansos porque ellos poseerán la tierra; (5) la tierra de los vivientes. Mientras viven en el mundo reina en sus almas el Señor; cuando vivan en el cielo, con Dios reinarán eternamente. Y aún aquí en el mundo imperan sobre sus pasiones y saben usar de sus bienes, de los que son dueños y no esclavos como lo son los avaros, á quienes los libros santos, llaman varones de riquezas; mas no riquezas de ellos mismos; (6) varones que duermen y que al despertar se encuentran sin nada, con las manos vacías; cuando al contrario los mansos hallan una corona inmortal, una herencia preciosa, una dicha cumplida y eterna. (7)

[1] Ps. CXIX, 7. (2) Prov. XV, 1.—4. (3) Judith. IX, 16. (4) Num. XII, 3, 7, 8. (5) Matth. V, 4. (6) Ps. LXXV, 6. (7) Bonav. De Beatitud, c. 2. Tit. 7.

La fe es también otro hermoso fruto del Espíritu Santo. Ella es, nos dice S. Buenaventura, como el arca del testamento, porque así como el propiciatorio no era más grande que el arca, así, con la fe y nunca sin ella, se obtiene el perdón de los pecados. Es como la estrella que brilla en el cielo y nos dirige al puerto de la gracia; que resplandece en la mañana y previene al sol de justicia; estrella del Oriente que nos conduce al Señor. Es también como la piedra fundamental del edificio de todas las virtudes; como un espejo sin mancha que nos representa, aunque imperfectamente, la majestad del Señor y sus divinas grandezas; como rayo del sol que alumbra nuestras almas con las verdades más elevadas que podemos contemplar. Semejante á la columna que guiaba al pueblo de Israel, derrama en los creyentes sus hermosos y suaves resplandores, al mismo tiempo que es oscura para los infieles. Es la fe, por último, semejante á la escala de Jacob por la cual tenemos que subir al cielo; pues ella eleva la inteligencia de los hombres al revelarles altísimas verdades que sin su luz jamás alcanzaríamos. [1]

La fe como fruto del Espíritu Santo nos hace cumplir nuestra palabra, evitando el fraude y la mentira; siendo francos y leales en nuestra conducta. Es la verdad nuestra luz, y el amor la regla que tenemos que seguir tratando con el prójimo; ¿cómo desviarnos de esta senda luminosa siendo infieles ó traidores á nuestra palabra? Por lo demás este hermoso fruto nos concilia el respeto, el aprecio, y la confianza de nuestros hermanos, que muy bien saben que no los hemos de

(1) Id. De Fruc. c. 5.

engañar, que un cristiano verdadero nunca engaña, ni es traidor, ni sabe faltar á su palabra; porque ántes que á los hombres la tiene obligada al mismo Dios.

La modestia. Ved aquí el hermoso continente de la virtud que nos viene revelando sus gracias interiores, fruto muy hermoso del Espíritu Santo; y que atrae sobre nosotros las miradas de los hombres; predicador elocuente de la gracia, y revelacion de sus portentos. La modestia, en efecto, predica la virtud por sí misma sin decir una palabra. Y ¿quién hay que no le rinda aprecio y atenciones? Cuando ella se presenta en medio de nosotros, ejerce, sin sabérselo explicar, una influencia misteriosa que nos contiene y modera, haciéndonos entrar en sus mismos sentimientos. Ella es la dulce y celestial fragancia de Jesus que derramamos en el mundo. Somos, decia San Pablo, el buen olor de Cristo delante de Dios. (1) Y tambien: Sea vuestra modestia patente á todos los hombres. [2] ¿Qué perfume trasciende como el perfume de un cristiano que se ha revestido á Jesucristo? Brille vuestra luz delante de los hombres, decia el mismo Salvador, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. (3) Y la modestia, severa en sus palabras, recatada en su mirar, grave en su conducta, y recogida, en fin, y circumspecta en todo su exterior, cumple santa y admirablemente, las palabras de Jesus, haciendo que los hombres glorifiquen al Divino Padre.

La modestia, en fin, trae la paz consigo misma: ella

(1) II. Cor. II. 15. (2) Philip. IV, 5. 3 Matth. V, 16.

modera todas las pasiones; refrena los ímpetus de la ira, y ahoga todo movimiento que pueda lastimar, que desordene su recatada y hermosa compostura. Si por desgracia escucha una palabra descompuesta, al instante su pudor sensible y delicado, cubre su frente de sonrojo y tiñe de carmin sus púdicas mejillas: siente estremecer su corazon, y acaso rueda de sus ojos una lágrima furtiva. Es el celo del Señor quien ha llorado; es la tímida y hermosa castidad que tiene horror de los peligros; es, en fin, la modestia cuidadosa y vigilante, que ha temido perder las grandes riquezas que atesora, y que tiene que cuidar con todo empeño, pues que son la garantía de su existencia.

Hé allí cómo la modestia descubre en su conducta todas las virtudes que la adornan, y se presenta radiante de hermosura y atractivos que subyugan y nos hacen glorificar el nombre del Señor.

La continencia. El reino de Dios, nos dice el Apóstol, no consiste en el comer, ni en el beber, sino en la justicia, en la paz, y en el gozo del Espíritu Santo. Pues el que así sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobacion de los hombres. [1] Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá á uno y á otras; el cuerpo no es para la fornicacion, sino para gloria del Señor, como el Señor para el cuerpo... ¿No sabeis que nuestros cuerpos son miembros de Cristo... y templos del Espíritu Santo, que habita entre vosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros?... Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo. (2) Esto es lo

[1] Rom. XIV. 17, 18. [2] I Cor. VI. 13, 15, 19, 20.

que continuamente nos está diciendo con sonora y enérgica voz la hermosa continencia; y no sólo nos habla, si que también reprime las tristes y abyectas pasiones del hombre terreno, conservando puros nuestros cuerpos, los miembros de Cristo y el templo del Espíritu Santo. ¿Por ventura quiere rebelarse la carne contra el espíritu? La continencia nos hace castigar el cuerpo y reducirlo á servidumbre: la oracion y el ayuno están á sus órdenes; y la penitencia vestida de asero y trayendo en sus manos terribles instrumentos de affigir.

Tan precioso fruto nos es indispensable; ¿quién no tiene que expiar alguna falta en este mundo? ¿quién no siente el terrible aguijón de las pasiones? Y ¿á dónde iríamos si la continencia no nos advirtiera del peligro, y armando nuestro brazo con el celo del Señor, no nos hiciese descargar terribles golpes sobre el enemigo de nuestra salud hasta vencerlo dejándolo rendido á nuestros piés? Para conseguirlo llama en su auxilio á la fortaleza, y despues hace que gustemos santamente los frutos de la paz: Los que son de Cristo, nos dice, han crucificado su carne y todos sus deseos con los vicios y las pasiones. (1)

La castidad; este es el último fruto de que nos habla el Apóstol. Ella es el hermoso lirio, la fragante azucena que ciñe la frente del vencedor; fruto de inefable y santísima dulzura; es el triunfo despues del combate. Nada hay comparable con su precio. No hay peso de oro, ni plata, ni cosa de tanto valor que pueda compararse con una alma casta. (2)

(1) Galat. V, 24. (2) Eccí. XXI, 20.

La castidad nos eleva sobre nosotros mismos y purifica en tanto grado nuestra propia carne, que nos convierte en ángeles terrenos. Mas ved cuán admirable es la pureza con que adorna nuestras almas: Los ángeles de Dios no tienen cuerpo, ni moran en la tierra, ni están expuestos á los terribles combates de las pasiones, ni necesitan de manjar ó bebida, ni puede halagarlos un tanto voluptuoso, ni seducirlos una hermosura terrena. Mas el hombre tan inferior á los ángeles, tiene que hacerse una gran violencia, estar en vigilancia continua por los tremendos peligros que lo cercan; (1) y sin embargo, la hermosa castidad lo hace triunfar y lo conserva puro; y el hombre tiene en la tierra la vida de los ángeles; éstos asisten delante de Dios, y el hombre casto anda también en la divina presencia. Ciertos es que no se eleva á los cielos; mas Dios lo visita y entra en su mismo seno. ¿En qué, pues, se distinguen de los ángeles, Elías, Eliseo y Juan Bautista? Nada más en el cuerpo.

Elevación y hermosura, santidad y pureza, son por lo mismo; las fuentes de gloria que abre en nuestras almas este precioso fruto del Espíritu Divino, la pura y amable castidad.

Bajo la sombra del Señor, y en el huerto del Espíritu Santo, hemos contemplado sus divinos frutos: ¿que-reis ahora que el huerto se mude en jardín, y los frutos se cambien en flores? Oigamos al Ángel de la Escuela: El fruto en cierta manera teniendo razon de último y de fin, puede dar á su vez otro fruto, así como el fin puede ordenarse á otro fin. Por lo cual nuestras obras según que son efectos del Espíritu Santo, que obra en nosotros, tienen razon de frutos; pero según que se or-

(1) D. Chrysost, De Virginit. p. 20—21—22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000.

denan al fin de la vida eterna, más bien la tienen de flores: Mis flores son frutos de honor y de riqueza. [1]

Recojamos, pues, los frutos, las flores, el honor y las riquezas, y colocando en medio de ellas nuestro corazón, presentémoslo como una ofrenda á la gloria del Espíritu Santo, que tan generosamente y con tan amable bondad nos ha enriquecido. Lo bendecimos, lo amamos, rindiéndole toda la gloria que podemos. Él es grande y magnífico en sus dádivas; nosotros pequeños, miserables y nada en su presencia; y sin embargo la nada, la miseria y pequeñez, alza la voz hasta su trono para glorificarlo y consagrarse eternamente á su divino servicio. Al pensar en su amable bondad el corazón se siente conmovido; quisiéramos estar ardiendo en las vivas y abrasadas llamas de un amor seráfico; y quisiéramos también, para agradarle más y más, toda la pureza de los ángeles: pero, ¡ay! somos miserables y pequeños, y la misma nada; y con todo, otra vez nos consagramos á su eterna gloria; y ese Espíritu Divino tan lleno de bondad y de clemencia, tan lleno de ternura y suavidad, abrasará con su sagrado fuego, hasta consumirlo enteramente, el corazón que le ofrecemos.

CAPÍTULO XXIII.

Y ÚLTIMO.

§ I.

AMOR, ALABANZA Y OFRENDA.

Amamos al Padre, alabamos al Hijo, y nos consagramos al Espíritu Santo. No dividimos nuestros afectos, ni preferimos las personas; mas todos aquellos

(1) Ecci. XXIV, 23—42—32. q. 70. a. 1. ad primum.

corresponden á cada una, á quien rendimos la misma gloria y adoramos con el mismo corazón. En efecto, ¿dónde está el amor verdadero que no alaba y se entrega á su amado? ¿cuál es la alabanza que no ama y se rinde al que es objeto de sus elogios? ¿dónde se halla, por último, la consagración que no hace el amor, ó que esté muda al rendir su sacrificio?

Los afectos indicados nos ocuparán en el capítulo presente, ó bien saliendo de nuestra alma sucesivamente, ó según que el Señor se digne inspirarnos.

Te invocamos, te alabamos, te adoramos ¡oh amable Trinidad! ¿Sabeis con quién hablamos? Con el Dios tres veces Santo, cuya grandeza es infinita, su majestad soberana, su justicia terrible. ¿Quién será digno de dirigirle la palabra, ó dejará de temblar pensando en Él? ¿por qué, pues, no enmudece la lengua terrena manchada tantas veces con el crimen? No morará junto á Ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; y perderás á los que hablan mentira. (1) ¡Oh Dios mío! oh triste desaliento! Ni la pureza, ni la justicia, ni virtud alguna tengo conmigo; y sin embargo, siento en el alma una sed abrasadora, una hambre casi infinita de Dios; quiero invocarlo, alabarle y rendirle la más humilde adoración. ¿Quién podrá volver puro al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Quién sino Tú solo? (2) Y el Dios que puede volvernos la pureza y adornar nuestras almas de virtud, es un Dios cuyas misericordias son incontables;

(1) Ps. V, 6, 7. (2) Job. XIV, 4.